Treinta años de transformación del modelo social

Raquel Martínez Buján, Profesora Titular de Sociología, Universidade da Coruña

El cambio social es la transformación de las formas en las que una sociedad se organiza, vive y se relaciona. No afecta sólo a las instituciones sino también a las maneras en las que convivimos, nos enamoramos y gestionamos la cotidianeidad de nuestras existencias. Mi participación en el *IX Informe Foessa*, junto con Antonio Izquierdo y Óscar Carpintero, me ha ofrecido un punto de partida para reflexionar sobre estas cuestiones estando mi contribución centrada en explorar la evolución que han experimentado las configuraciones familiares en España desde los años noventa.

En los últimos treinta años hemos vivido cambios significativos. Se ha consolidado la democracia, se han incorporado las mujeres al trabajo remunerado y avanzamos hacia una sociedad longeva que camina hacia una digitalización sin precedentes. Y, sin embargo, a pesar de estos avances, hay desigualdades que se muestran persistentes y que están enquistadas en los tradicionales formatos de injusticia social como la clase social, el género y la raza. A ellas se le suman nuevas dificultades ancladas en el propio devenir social como las vinculadas al acceso a una vivienda, la precarización laboral, la erosión de los vínculos comunitarios o la percepción de una distancia entre ciudadanía e instituciones.

Pero comprender estas dinámicas no sólo requiere analizar las cuestiones estructurales de las que proceden. Cada vez es más

necesario entender sus efectos en las vidas cotidianas de la ciudadanía. Los cambios económicos, demográficos y tecnológicos inciden en nuestras condiciones materiales de existencia y afectan a cómo se configuran las relaciones sociales o a cómo se crean nuevas formas de exclusión social. De hecho, cada vez es más patente las tensiones que existen entre el modelo de producción dominante, que actúa bajo lógicas de acumulación económica, y el modelo de reproducción social, que requiere de tramas de vida que intensifiquen nuestra convivencia colectiva y que armen nuestra interdependencia.

Esta contradicción entre el capital y la vida nos invita a repensar cómo de inalterables permanecen algunos patrones de nuestra co-existencia. Bien es sabido que la diversificación de las formaciones familiares y la transformación de los roles de género emergen como dos de los procesos más transformadores de la sociedad española en los últimos treinta años. Entre los principales cambios destacan el retraso en la formación de pareja y en la maternidad, el descenso sostenido de la fecundidad, la expansión de la cohabitación y el aumento de los nacimientos fuera del matrimonio. En paralelo, las actitudes sociales han evolucionado hacia una mayor aceptación de la diversidad familiar y de la igualdad entre hombres y mujeres. De hecho, la incorporación de las mujeres al empleo, el aumento de los niveles educativos y la expansión de las reivindicaciones feministas han redefinido cambios sustanciales en las trayectorias vitales.

Y, sin embargo, la división sexual del trabajo persiste en los hogares. Ésta se manifiesta especialmente en torno al reparto de las tareas domésticas y de cuidados. El poderoso cambio en las funciones públicas y laborales de las mujeres no se ha traducido, simultáneamente, en una transformación de su posición en la intimidad. Las mujeres han asumido, en estos treinta años, responsabilidades de apoyo económico, pero con escaso alivio paralelo de sus responsabilidades familiares.

Siguen ancladas en su rol de hijas, esposas y madres. Da igual el nivel educativo o que tengan un trabajo a tiempo completo. En todos los tipos de hogares, su presencia en las actividades de reproducción social es mucho mayor que la de los hombres.

Ello ha dado lugar a la reconocida *crisis del cuidado*, que hace referencia a esa tensión que mencionaba anteriormente entre el empleo, la reproducción humana y los límites que plantean su organización política. Todo ello nos hace reflexionar sobre cómo el trabajo productivo y el reproductivo no son esferas independientes, sino que se encuentran relacionadas y se condicionan mutuamente. A mi entender, afrontar esta crisis exige revisar algunas expectativas arraigadas en el imaginario colectivo: que las familias y, especialmente las mujeres, estarán siempre disponibles para resolver las necesidades de los hogares, sobre todo, las relacionadas con los apoyos y los cuidados. Esta disponibilidad ha tenido costes históricos que se expresan en vidas sacrificadas a través de continuas renuncias o jornadas interminables.

Pero la organización social de los cuidados no es un asunto individual que deba ser resuelto de manera privada. Forma parte de la manera en la que estructuramos a las sociedades y, por lo tanto, apela al sentido colectivo de nuestra interdependencia. No se trata de reorganizar tiempos, jornadas o voluntades que se adapten o encajen con las necesidades de sostener las vidas. Exige una apertura hacia nuevos recursos, valores y formas afectivas que sitúen en el centro aquello que suele permanecer en los márgenes.

Después de treinta años de transformación sigue estando pendiente que sepamos convivir con igualdad y que asumamos que la supervivencia depende de la disponibilidad de otras personas para proporcionarnos bienestar. Ojalá que el Informe Foessa de dentro de tres décadas esté dedicado a examinar las dimensiones que han hecho posible ese cambio.

Número 24, 2026